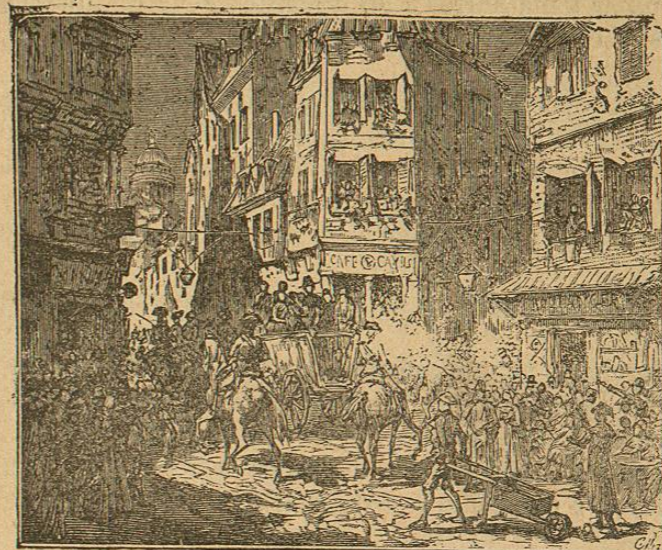
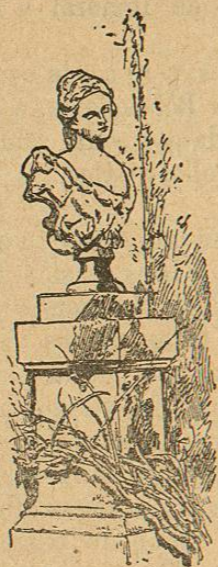


¿Podía continuar semejante situación? No.  
 Se quejó uno solo, quien no podía ser acusado de indulgente:  
 Billaud-Varennes.  
 Un testigo de esto es el mismo Saint-Just.



## LIBRO XVIII

## CAPITULO PRIMERO

**Los cementerios del Terror. — Declaraciones del Arrabal de San Antonio. — Movimiento de los dos partidos. — Robespierre en el Comité. — (Continuación de Julio-Messidor-1-5. Thermidor-19-23 Julio 94).**

Grandes calores y temores de una epidemia. — La Magdalena. — Monceaux. — Ejecución. — Sainte-Marguerite. — Picpur. — Descontento en el arrabal. — Se busca otro cementerio. — La cremación de cadáveres. — Espanto de los delatores. — Amenazadora actitud de los robepierristas. — Robespierre acusa a Carnot. — Intento de aproximación. — Las cabezas que pide Robespierre.

El frecuente uso de la guillotina llegó á crear una extraña situación del espíritu.

París estaba espantado; por todas partes oíanse palabras de disgusto, de inquietud. Se temió que estallara una epidemia. Los vivos creyerónse arrastrados por los muertos. Lo que no se osó decir en nombre de la humanidad, se dijo en nombre de la higiene. Tantos muertos, tanta sangre derramada por las calles, parecía que iba á desarrollar una enfermedad espantosa.

El arrabal de San Antonio, que desde hacía cincuenta años enterraba á sus muertos y los de los barrios vecinos en el cementerio de Santa Margarita, declaró que no podía admitir ningún muerto.

Los calores eran fuertísimos y esto agravaba la situación. La imaginación popular tenía horror á los cementerios de los ajusticiados.

Las quejas comenzaron el 7 de Febrero (19 Pluvioso) en pleno invierno.

La comuna decidió que se enterrase en adelante en el cementerio de Monceau. Del 5 al 25 de Marzo, las secciones continúan quejándose, pero los guillotinos estaban aun en el cementerio de la Magdalena. Hebert y Cloutz fueron los últimos enterrados.

El 25 se acordó que los cadáveres irían en adelante al cementerio de Monceau.

Danton, Lucila Desmoulins, Chaumette, inauguraron el cementerio.

Las autoridades no ignoraban el amor y fanatismo que se unían á estos nombres. Durante algún tiempo se hizo con misterio las inhumaciones en Monceau. Los ajusticiados eran conducidos primero á la Magdalena y después á Monceau, sin duda por la noche. Los vecinos nada sabían. Llegaron á creer que se enterraba á los cadáveres en el cementerio Pigalle.

La naciente comuna de Batignolles dijo que no podía soportar aquel acre olor á cadáveres. Cuatro grandes secciones de París habían enterrado allí siete mil individuos en tres años. Levantaba este clamoreo la vista de los guillotinos. Cuando no los vieron cesaron de quejarse.

Al día siguiente de la terrible ley de Pradeal que debía acelerar la marcha de la máquina revolucionaria, se decidió que las ejecuciones no se realizarían en la plaza de la Revolución, sino en la de San Antonio (ó en la de la Bastilla). Desde hacía mucho tiempo que los vecinos de la calle de Saint-Honoré se quejaban del paso de las carretas. Esta misma orden sufrió una modificación y desde el 25 Pradeal (13 de Junio) se acordó que las ejecuciones se hicieran á la otra parte de la barrera del Trono.

La larga fila de carretas, desde entonces siguió la marcha por la interminable calle.

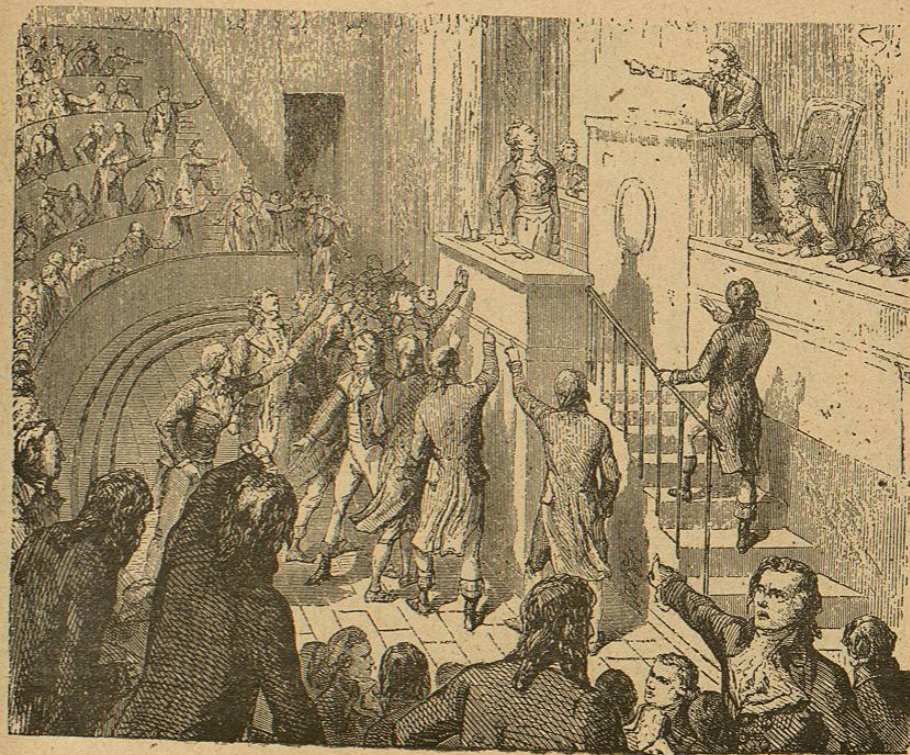
Abundaban los espectáculos trágicos. En el arrabal, hombres y mujeres sintieron en el corazón el frío de la muerte, de ahí su inmovilidad, su indiferencia el 9 Thermidor. Nada hicieron por sostener un régimen que durante cuarenta días les había proporcionado tan terrible espectáculo.

El 26 de Pradeal los administradores de policía, manifiestan que en el arrabal se teme una epidemia y que los guillotinos iban á provocar una terrible infección. Algunos enterrados el 4 Messidor, colmaron el terror, la inquietud y la indignación. Los vecinos declararon no poder soportar el olor.

Había un remedio. Tirar grandes cantidades de cal en el cementerio, para lo cual surgía un inconveniente. En el cementerio de Santa

Margarita mezclábase los suplicados y los muertos del arrabal. Estos corrían el peligro de ser quemados como los otros con cal. A esto se opuso la sensibilidad popular.

La comuna acabó eligiendo otro local en Picqur, cerca del nuevo de la barrera donde se ejecutaba. Era el jardín del convento de canone-



¡Abajo el tirano, abajo el tirano!

sas. Pertenecía á los bienes nacionales y fué alquilado el local á un especulador, el cual hacía un negocio muy común entonces. Era una casa de salud que para los prisioneros ricos servía de cárcel de arresto. Allí moraban prisioneros de ambos sexos; grandes damas y señores del viejo régimen. La libertad era extremada en estas prisiones.

Se divertían mucho los prisioneros. La incertidumbre del porvenir enternecía los corazones. La muerte era la gran alcahueta.

Esta casa fué la que la Comuna acordó convertir (el jardín) en cementerio. Los prisioneros tenían á la vista un terrible *Memento mori*.

Ocurrían escenas tristísimas. Del 4 al 21 Messidor se llenó hasta el colmo la primera fosa. Fué necesario hacer otra y una tercera para los guillotinos. El arrabal mostró nuevamente su descontento. La

sangre inundaba la plaza. La tierra era refractaria, no la absorbía. Descomponíase la sangre humana.

«¿Qué ocurrirá—decía el arquitecto municipal M. Poyet—si se extiende este foco de infección?»

La situación del arrabal no era envidiable, entre tres cementerios.



A la puerta de las Tullerías la guardia presenta las armas.

El 29<sup>o</sup> Messidor se piensa ¿quién lo creería? en conducir á los guillotinos al cementerio del arrabal que se declaró atestado el 27.

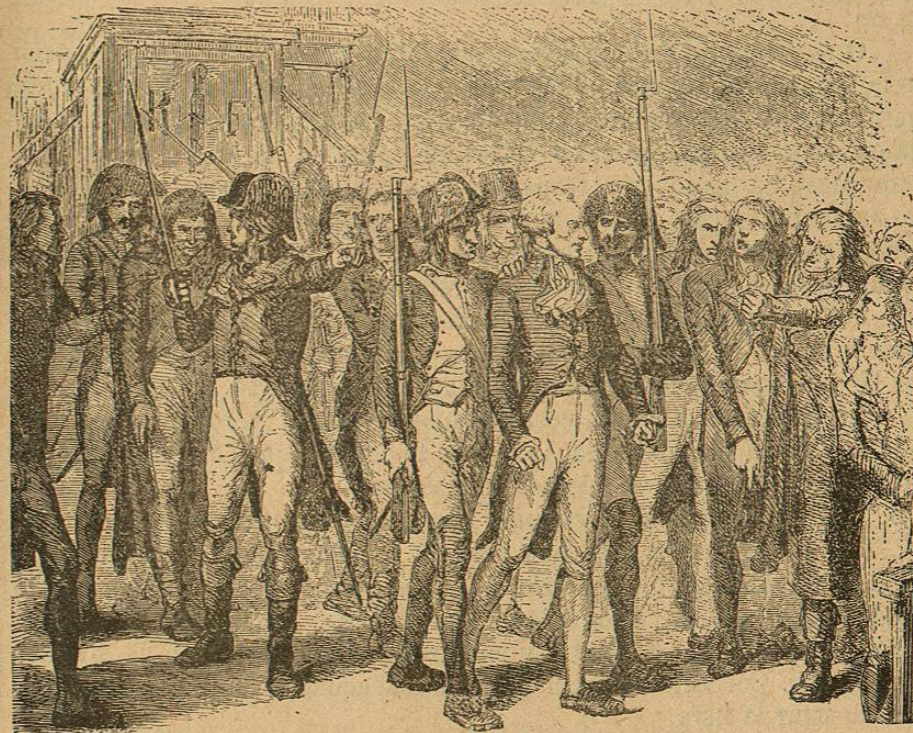
El arquitecto hizo un informe curioso. Dijo que en el terreno nuevo en que debía construirse el cementerio, podríanse plantar árboles y viñas cuyos frutos sería útil recoger.

Hacían falta algunos días para preparar el terreno. Por rápidos que fueran los trabajos, la guillotina había segado tantas cabezas en Picpur, que peligraba se declarasen en fuga todos los vecinos. Un arquitecto imaginó la combustión de todos estos cadáveres. El plan del arquitecto era seductor. Imaginaos un vasto pórtico, en medio del cual había de elevarse una inmensa pirámide de cadáveres. Se le ocurrió esta idea después del Terror y la propuso el año VII, por un presentí-

miento sin duda del acrecentamiento que alcanzaría el imperio de la muerte.

Pero la angustia ante estos proyectos donde se sentía verdaderamente era en las cárceles.

Por otra parte, la comisión del Louvre, sintiendo celos por Herman, declaró que en una de estas pirámides figuraba el cadáver



Robespierre fué conducido á los Comités.

de un aristócrata que el 10 de Agosto había disparado contra el pueblo.

Robespierre había perdido gran parte de su fuerza moral. Sus fuerzas materiales permanecían íntegras.

Ni él ni sus adversarios querían moverse á las denuncias más ó menos directas de los jacobinos contra los comités. Respondía Barere por medio de alusiones. Aunque alejado de los asuntos públicos, Robespierre no podía desobedecer á su partido. Los robespierristas estaban como embriagados por la batalla de Fleurus. La pólvora se les subió á la cabeza. Si Saint-Just había roto la espada de la coalición, ¿como Henriot y sus bravos no romperían en París la pluma de los comités?